

EL MAESTRO ESPAÑOL

PERIÓDICO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA

APARTADO, 131

OFICINAS: CALLE QUEVEDO, 7

TELEFONO, 2979

REVISTA PEDAGÓGICA

ARGENTINA

Contra el uso del tabaco.—De conformidad con lo aconsejado por la Inspección médicoescolar e Inspección técnica de la capital, el presidente del Consejo Nacional de Educación ha resuelto:

1.º Iniciar una campaña a fin de extirpar, en lo posible, el vicio del tabaco en los niños fumadores, a cuyo efecto deberán colocarse en las Escuelas carteles en los cuales se establezcan en forma sencilla y clara los perjuicios que al organismo trae el uso del tabaco.

2.º Disponer que la Inspección médicoescolar proponga las bases para un concurso de carteles con dibujos apropiados, para ser utilizados como complemento de la enseñanza teórica correspondiente.

3.º Favorecer en los Consejos escolares la constitución de Ligas contra el tabaco, a fin de estimular así la acción que en este sentido puedan desarrollar entidades de carácter popular.

El daño que el tabaco produce en los hombres, ya por lo que se refiere a la salud, como por lo que hace al trabajo y a la economía, bien merece que se haga en las Escuelas y fuera de las Escuelas una campaña activa y constante contra los «fumadores incipientes», cada día más pequeños y desvergonzados.

ESTADOS UNIDOS

Pedagogía nacional.—La Escuela norteamericana tiene un carácter especial: hay en ella mucha libertad y mucho juego. Pero ocurre preguntar: ¿cuándo tra-

bajan los niños en las enseñanzas elementales?

Para contestar a esta pregunta basta mostrar el abismo que separa el principio educativo europeo del principio educativo americano, por lo menos, en las Escuelas públicas. En efecto, esos dos principios pueden inclinarse a veces el uno hacia el otro en sus aplicaciones, lo mismo que sucede con la práctica de las doctrinas morales más opuestas; pero, aunque los dos árboles se toquen por las ramas, un foso separa sus fronteras.

El educador norteamericano tiene por norma de conducta *no manifestar ninguna actitud de desconfianza ante el niño*. Considera que cualquier ser nacido trae consigo cierto capital de vida, un viático que le permitirá cumplir, dentro de lo normal, su evolución regular. Deja que el niño se abra como se abre la flor; teme estorbarlo, perjudicarlo, estándole demasiado encima. Su lema es: proteger la espontaneidad y la alegría del niño, y si, por causa de nuestra evolución rápida y adelantada, debe intervenir para ayudar a la naturaleza, trata de hacerlo sin magullar la joven planta; crea para ella, discretamente, un medio favorable, a fin de que los órganos se desarrollen según su ley y no según la nuestra; trata de que los instintos reciban su satisfacción necesaria en el momento propio, que no es precisamente el que nos place, a fin de que los gustos se asocien con los objetos que los exaltan y los matizan, como los deportes, el arte, las actividades sociales o profesionales, los más puros goces del pensamiento. Las trabas que imponemos a los jóvenes son,

muy a menudo, la causa verdadera de sus fracasos. *Sólo se obra sobre la naturaleza aplicando sus mismas fuerzas*; este antiguo adagio tiene también su valor para nosotros.

Debido a este conjunto de convicciones, muy arraigadas en Estados Unidos, resulta un hecho que podría sorprender al primer golpe de vista, y es que este pueblo de individualistas practica sin reservas la educación colectiva, pues éste es el régimen en que actúan mejor las influencias del medio. Por el medio, la Escuela norteamericana cumple una tarea que considera como primordial: *concurrir a la formación del carácter*. Indudablemente, todas las Escuelas del mundo se asignan esta misión; pero, prácticamente, *son todavía la Escuela del saber. Deliberadamente, en Estados Unidos, la Escuela pública ha subordinado, una vez para siempre, la instrucción a la educación*.

He aquí lo que dice Eduardo L. Thorndike, uno de los profesores más escuchados del *Teachers College*, de Columbia:

«Cada hombre posee, desde el origen de su vida, esto es, desde el momento en que el huevo y el espermatozoario que lo producen se han unido, numerosas tendencias bien definidas para su comportamiento futuro. Entre las situaciones que encontrará y las respuestas que les dará, existen lazos preformados. La constitución de esos dos gémenes determina que verá, oír, sentirá y obrará de cierta manera, en ciertas circunstancias. Lo que un hombre es y hace en el curso de su vida, es resultado de la clase de constitución que ha recibido desde el principio, y de todas las fuerzas que obran sobre él antes y después del nacimiento.»

Thorndike atribuye, pues, un poder determinante a lo que llama la naturaleza original y el medio circundante. Rebate así la teoría ideomotriz, y desintelectualiza, en cierto modo, los móviles de nuestra conducta. La razón por la cual ciertas ideas parezcan motrices, está en que coinciden con nuestras profundas tendencias, y que las acogemos entre otras mil a causa de esta coincidencia.

Esta psicología derriba la tesis exclusivamente intelectualista de la educación por la instrucción, que sienta, precisamente, el poder de las ideas sobre los actos. Esta psicología aproxima la educación a la biología y justifica plenamente el método norteamericano: salvaguar-

dar la naturaleza original, ofrecerle un medio circundante sano, y esperar que la actividad intelectual se produzca solamente por efecto de reacciones realizadas en íntima conexión con el proceso sensorial y motor. Cuando la idea da suelta a un deseo que suscita un acto, y este acto produce una excitación afectiva, esta excitación da color, vivifica y reproduce literalmente la idea.

En estas condiciones, el saber escolar, encarado desde el punto de vista educativo, pierde todo su prestigio y sólo aparece como un oscuro auxiliar; la Escuela del carácter no se preocupa casi de él; no utiliza más que su valor intrínseco, en cuanto se refiere a la instrucción propiamente dicha y al provecho social.

Se desprende de esto que la gran cuestión de la Escuela y de la educación completa es la múltiple actividad, la satisfacción del sentimiento y de los instintos, y la creación de hábitos.

Si queréis formar buenos ciudadanos, no empecéis por lecciones de instrucción cívica; deben dejarse para el último lugar: es necesario que los niños se organicen primero en comunidad y hagan sus experiencias.

Esta pedagogía es admirablemente franca y sencilla. Va a buscar las palancas del alma allí donde están, y no al lado. Se atreve a innovar para ponerlas en acción. Sobre todo, ha aprendido esta verdad, que las tres cuartas partes de nosotros olvidamos sin cesar: *que lo que un tercero hace por mí no tiene casi ningún valor para mi desenvolvimiento*.

FRANCIA

Segundo sanatorio para Maestros.—La Unión nacional de las Asociaciones de socorros mutuos de Maestros, que ha fundado el sanatorio de Sainte-Feyre, se ve en la necesidad de construir otro nuevo, y dirige a los presidentes de todas las Asociaciones una circular de la que tomamos los siguientes párrafos:

«Los Maestros y Maestras de Francia han dado el ejemplo más hermoso de fraternidad profesional creando el sanatorio de Sainte-Feyre. Pero hoy este sanatorio es insuficiente para responder a las peticiones que se le dirigen. Las fatigas y los duelos de la guerra han producido un terrible recrudecimiento en las enfermedades, y sesenta sociedades antituberculosas, agrupadas en torno de la Unión

nacional, reclaman para sus enfermos los beneficios de otro sanatorio.

El sanatorio de Sainte-Feyre se ve en la imposibilidad de recibir más enfermos de las Sociedades de Maestros adheridos a esta obra benéfica, y para remediar tal situación, que no puede prolongarse, ha acordado o aumentar las disponibilidades del sanatorio o crear otro nuevo. Pero la creación de otro nuevo supone un gasto aproximado de dos millones de francos.

Ahora bien; las leyes benéficas votadas después de la guerra por el Parlamento, aseguran una ayuda del Estado que puede llegar hasta el 50 por 100. El resto debe ser abonado por la gran familia del Magisterio primario, y a éste se dirige la Unión nacional con la más viva súplica. Los fondos que las Asociaciones acuerden serán recibidos hasta el día 1.º de agosto de 1923. En seguida se procederá a la construcción de un nuevo pabellón, y así podrán ser recibidos para el año próximo, no sólo los Maestros y Maestras enfermos, sino también los miembros de sus familias verdaderamente necesitados.»

TURQUIA

La enseñanza del francés en las Escuelas.—La influencia de Francia en las Escuelas de Turquía ha sido muy grande en la última época: la organización de la enseñanza era francesa. La Alianza israelita había creado centenares de Escuelas primarias donde la enseñanza se daba en francés, aunque el habla española judaica era familiar en muchas poblaciones.

Hoy quiere oponerse un obstáculo a esa corriente y hacer la enseñanza más patriótica. Al efecto, por la Dirección de Instrucción pública se ha dirigido una circular a las Escuelas extranjeras—francesas en su mayor parte—ordenando que encarguen a Profesores nombrados por la Dirección turca de la enseñanza de la Lengua, la Historia y la Geografía, con un minimum de trece horas semanales.

Se suprime también la enseñanza del francés en las Escuelas elementales y se rebaja en una hora semanal el tiempo que le estaba destinado en las superiores, al objeto de ir nacionalizando poco a poco la enseñanza.

Inspección de Primera enseñanza

LA DEL ALBA SERIA

XLI

Unas mozas dan un coro a los aires mientras limpian de malas hierbas un sembrado.

Es una tarde de primeros de mayo y de sol fuerte. Parece que la naturaleza tiene prisa de que los cereales crezcan y echen espigas; que las viñas asomen sus nuevos brotes, y que los frutales traigan el rendimiento de sus almíbares.

Y en medio del campo, que envuelve un océano de luz viva, las lozanías de la canción son también promesa de abundancias. Es la primavera con el acompañamiento de todos los ornatos que le pertenecen: verdores y aromas, calor y pan.

Una mariposa de volar incierto y re- cargada de púrpuras se ha posado so-

bre una amapola que, agradecida, ha dibujado un balanceo.

La escarda.

A golpes de azuela se arrancan, entre otras esquilmadoras, cardos, orugas y lapas; se libra a la tierra de la acometida de las que estorban el desarrollo de la planta útil; a golpes de azuela se quitan las matas nocivas, para que la graminea en cultivo tome jugos y vigor sin la disputa de las que, intrusas, traen el empeño de empobrecer la cosecha; a golpes de azuela se pone aseado el bancal y se establece que, con el apartamiento de lo perjudicial, se presta un favor a lo que es de provecho. La escarda es una operación y es una enseñanza. Como operación, sirve a la agricultura; como enseñanza, dice a la sociedad una medida salvadora. Una medida radical. Hay sobra de elementos de estorbo; hay una ex-

tensa raigambre del mal que impide el medro del bien; hay de vividores una legión. A golpes de azuela se arrancan las esquiladoras, y en lo social son una oposición al avance los que para nada sirven y los que combaten, por sistema, hasta las mejores ideas; a golpes de azuela se quitan las matas nocivas, y para la marcha ordenada del mundo son un obstáculo cuantos roban y escamotean derechos, cuantos se enriquecen por haber trocado en méritos el descaño y la frescura, y cuantos ganan puestos y honores dejando afrentada a la justicia; a golpes de azuela se pone aseado el bancal, y para que el tributo de la honradez llegue a término de una buena cosecha, limpio ha de quedar el surco de cardos y de lapas. La escarda es también higiene.

Una bandada de mozas, en medio de un sembrado, ríe a la estación. Son una gala más de este día espléndido que dicta actividades a la vegetación; son la juventud con el rezo del optimismo, pues llevan sus voces el ritmo de las almas nuevas y el dejo de una letra que nos invita a creer y a esperar... Trabajar y cantar. ¿Hay algo más solemne?

J. SALVADOR ARRIAGA

Hoya Gonzalo, 4 de mayo.

SUGESTIONES

Se jubila D. Ezequiel Solana.—He aquí una cosa inesperada: la jubilación de este gran Maestro, amigo de todos. Es inesperada, porque su espíritu fino tiene toda la grata y plena claridad de las horas jóvenes. Inesperada, aunque sea él quien se cobije en esa pobre palabra triste escrita en lo alto de la ruta.

Hay espíritus que envejecen en una profesión y no logran entrar en ella. No hacen suma sentimental. Llegan a ella sin calor íntimo. Son como el viajero que visita un templo de ritos extraños. Entra en el templo, es verdad. Pero su fe queda fuera, en la puerta. Su fe no deja ni una rosa en aquel lugar incomprendido.

Así cruzan muchos por muchas cosas. Entran, y el corazón le dejan en el atrio. Entran, y el sentimiento oculta sus rosas. Son como avaros que nada dan. Que hasta tienen miedo de dar.

Por eso es siempre inesperado este adiós triste de los devotos. El espíritu suave de este hombre bueno que nos deja era eso: espíritu de Maestro. Era y es—y siempre será—espíritu eterno de un hombre que cree en lo que toca y en lo que vive. Un hombre lleno de claro fervor... ¿Cómo será la última clase suya, su extraño adiós a sí mismo? ¿Cómo podrá cerrar su propia fe?

Nosotros, que le seguimos. Nosotros, que de cerca sabemos su espíritu sentimental, pensamos en cómo será su última clase, en toda la íntima tristeza de su última lección. La Escuela—agria para algunos—es para los blandos espíritus, los que sienten fecundo calor interior, un lugar de paz, de recogimiento, de remanso sereno al abrigo de la vida. La Escuela es un refugio sentimental... Decir adiós al lugar donde todos los días aprendemos algo, donde tantas veces dejamos a trozos la esperanza, ha de ser triste, ha de tener sabor amargo y desalentador.

Y por eso, para su adiós último a la Escuela son estas líneas. Son a manera de aliento. Como el aplauso a una bella obra que se acaba. Son mi abrazo a la ternura de este hombre en un momento de pena para él. Mi abrazo, pues. Mi abrazo también para esa larga labor suya, labor untada de modestia atractiva y de silencio. Labor del corazón.

Beethoven, aquel espíritu sollozante no sobrepasado, escribió su *Misa solemne en re mayor*. Hay que leer su vida y enterarse de toda su zozobra íntima de entonces, de todos sus sueños rotos. De toda su desesperanza. Beethoven dió su obra. Y he aquí las palabras que escribió en la primera página: «¡Ojalá esta obra, nacida del corazón, llegue al corazón!»

Y he ahí también la ruta interior, el anhelo sin palabras de este gran amigo. El corazón a todo lo largo de la obra. El corazón sin reservas, abierto de par en par. Se adivina pronto el color que domina en su espíritu. Hasta en su palabra, y en el mismo tono de su voz, flota no sé qué cosa suave que atrae... y en seguida, sin querer, pensamos en su Escuela. ¿Qué será? ¿Cómo será? Su Escuela no puede ser de otra manera. Su Escuela es él. La Escuela es siempre, siempre, la viva proyección del que la informa.

Don Ezequiel Solana se jubila. ¡Ju-

encerrada Caridad en aquel marco severísimo, se le figuraba una sombra. La sombra de aquella mujer enferma, deshecha en lágrimas, harta de sufrir, consumida de pena y de hastío. Su cuerpo, macerado por los rigores de la adversidad, reflejaba como exacta fotografía las largas noches de insomnio, los días interminables de congojas, las horas amargas del recuerdo, la desesperación de vivir, la depresión lastimosa del espíritu. ¡Todo lo comprendió Madoz a la primera mirada, todo lo vió! Y espantado, temblando, como si aquella mujer infeliz fuese algo suyo muy íntimo, muy pegado a su alma, se preguntó si la enfermedad de Gabiola habría dejado su huella en aquel organismo tan quebrantado por el sufrimiento moral, tan castigado por las emociones violentas. Se apoderó de él una compasión sin límites, y al mismo tiempo brotaba un deseo en su alma generosa, abierta siempre al desinterés: el de curarla, el de hacer de aquella pobre alma, combatida por los huracanes, una mujer fuerte como antes lo había sido; darle, si no la felicidad, porque no estaba en su mano talismán tan valioso, al menos la salud para ver crecer al niño, para educarle como ella debía saber educar, para preservarle con sus delicadezas maternas de la herencia morbosa del padre. Había algo de infantil, de sencillamente conmovedor en la expresión de la joven al relatar al maestro la muerte de Rafael, y había mucho de paternal en el silencio cariñoso con que Joaquín Madoz le dejaba encontrar consuelo a su dolor en el hecho mismo de recordar. Y el alivio a su forzado silencio, en el placer de hallar quien la dejase libre desahogo, asintiendo a sus razones con gesto elocuente de simpatía.

Llevaron luego al niño, que entonces comenzaba a querer andar, y entró con vacilantes pasitos, seguuido de la nodriza. Madoz felicitó de nuevo a la joven.

—He aquí la compensación, Caridad, en este niño sano, robusto, vivaracho. Debe estar usted muy satisfecha, porque este chiquillo es una hermosa promesa para el porvenir.

Y besaba al pequeño rollizo, alegre, de ojazos color violeta, que le tiraba de las onduladas guedijas, descomponiéndole el peinado.

—¡Cree usted! Así me lo han dicho los médicos, pero no lo creo. ¡Sería por consolarme, por animarme! ¡No será este pobrecito otra víctima?

—No; seguramente no, Caridad. El niño está admirablemente constituido; es hijo de madre sana, y la educación preservativa hará el resto. ¡Y es tan inteligente, tan vivo, tan simpático!

Madoz, que adoraba a los chiquillos, sentíase enamorado de aquel travieso morenito.

Agotado el tema de conversación por Caridad, comenzó Madoz a referir sus aventuras de Valldecabres con una expansión y una sinceridad que no usaba por cierto ni con el mismo D. Crisanto. Indignábase la joven al enterarse de los manejos de Juan de Dios y de Ballester; sentía lástima por María de las Mercedes; se reía de los afanes de grandeza de la neurótica familia, conmoviéndose un poco cuando oyó relatar la pelotera de la fiesta del árbol, las frases ofensivas de Pilar, la enérgica respuesta de Madoz, la defensa leal del mayorazgo, reconciliado ya con el maestro; y de su conmoción hubo de salir para soltar una espontánea carcajada

al oír la graciosa referencia de las calabazas que en Forma dieron al señor de Valdigna.

—A mí me dijeron que se casaba usted con Isabel Galiana—arguyó la viudita, con algo parecido a una sombra de ironía.

—¿De veras?

—Sí; una amiga mía me lo escribió...; no quise creerlo, porque no me pareció Isabeleta la mujer destinada a hacerle a usted feliz... Le he tratado a usted poco, pero tengo formado mi concepto.

—Dios le pague esa benevolencia, aunque seguramente no la merezco. Hizo bien en no crear ese ehismecillo.

—También me dijeron que se casaba con la hija de D. Faustino Cabrera.

—Otro ehismecillo completamente falso. Me hacen una enormidad de novias: más que cuando tenía diez y ocho años.

—Sí, ¡eh?... Pues usted ya no está en edad de hacer novillos—profrirí, poniéndose seria Caridad.— Usted debía casarse.

—Tiene usted razón. Los solteros, mientras somos jóvenes, pasamos la gran vida... en apariencia, pues yo mismo soy de los que en la soledad del cuarto solitario se sienten románticos y añoran un querer; pero en cuanto se doblan los cuarenta, son trasto viejo a quien ninguna mujer joven puede querer, como no vaya cegada por el dimero. La mis- ma familia los mira como objeto explotable; y cuando la ancianidad llega; cuando son el fruto que la avaricia de los deudos exprimió consumiendo los ahorros de su justo trabajo, entonces, olvidados en un rincón, pasan los tristes días de su ocaso, sin que la mano cariñosa de la compañera ayude sus

—El señorito Federico está en la vía; la señora está en el huerto con el niño.

—Quisiera verla—insinuó el Maestro.—Dígale que está aquí D. Joaquín Madoz.

—Voy en seguida; el señor puede esperar un momentito.

Y con una respetuosa inclinación introdujo a Madoz en el zaguán anchuroso, en cuyo fondo aparecían las policromas vidrieras del patio encuadradas en gráciles arcos ojivales. Entre las arcadas lucían su vejez venerables sillones fraileros, claveteados de bronce; pedestales con estatuas de blancor marfileño; astas de ciervo disecadas a guisa de perchas. La mirada de Madoz recorrió el patio misteriosamente envuelto en la penumbra nocturnal, recogido en el silencio del atardecer, sin una sombra movable entre sus verdes follajerías.

Elegantes sillones de junco formaban grato orden entre los austeros muebles arcaicos. Sobre las mesillas, erguían sus fibras sutiles los cestillos de esparragueras, las begonias de jaspe, los delicados helechos. Y en graciosas columnas de tiesto mostraban su arrogante porte las palmeras, reflejando todavía en la gayera tonalidad de las hojas un mortecino rayo del crepúsculo. Una puntilla de garcho abandonada sobre el almohadón de un confidente denunciaba el paso de una mujer.

La señora apareció por fin, elegantísima, con una severa bata de luto de una exquisita corrección de corte. Sonriendo, alargó al Maestro la mano sediciosa, pálida, delgadísima, que Madoz apretó entre la suya, fina y nervuda, sin darse cuenta. Al mirarla Joaquín quedóse yerto. Su rostro fué tornándose de color de cirio; su respiración, anhelosa; porque

nar lejano flotaba, como esas banderas emblemáticas de paz, la casa blanca, grandiosa y elegante. La visión del Carrascal tocaba las fibras de su corazón; envolvíale en dulce sahumero de alegrías. Estaba ella...

Ansioso de llegar, espoleaba vivamente al potro. Divinas impacencias del amor, que antes de lograr sus sueños de rosa miran las horas como fantasmas de eternidad. La agonía del sol le sorprendía muy cerca. La gran turquesa del cielo tomaba una expresión cerúlea de palidez. Los grandes silencios musicales fluían intensos en la hora divina crepuscular. Sobre una peña de la Sorocha, recortada en el horizonte, se destacaba la grácil figurilla de un pastorzuelo. A sus pies triscaban, mansas, las ovejitas oliscando las frescas hierbas nutritivas. Madoz, al cruzar el desfiladero de la Sorocha, vió sobre su cabeza como una aparición fantástica vista al desfilarse de un sueño.

Era el atardecer cuando entraba al trote en el Carrascal. Era la hora de las divinas emotividades. Un rapaz con cara de avispa le tuvo la brida y el estribo; le preguntó por su salud, y se llevó el potro a la cuadra.

Madoz fué a la cancela y dió con el puño de su latiguillo de montar dos golpeitos ledos, medrosos, discretos, como de persona que teme, inoportuna, turbar la quietud de gentes respetadas. Una criada sanota, muy limpia, atravesó el patio, sombrero y perfumado, cantando una jotilla del país, que alegraba el ánimo más taciturno, y abriendo la puerta, sobre cuya luna biselada se enlazaban dos iniciales, sonrió a Joaquín, que un poco cortado preguntaba por los señores.

pasos, sin que les aliente el sostén amoroso de los hijos, ni el beso cálido de los nietezuelos endulce los dolores de su vejez... Castigo justo de Dios al hombre que no quiso hacer felices con su trabajo ni con su ternura a otros seres.

—¡Es cierto!—murmuró Caridad.

—Por eso, porque me espanta ese cuadro, porque me siento capaz de querer mucho a una mujer, quiero casarme...; pero no quiero malgastar esos amores en quien no lo merezca, en quien no me comprenda...

La voz le había temblado un poco sin querer.

—Sí, Madoz; sería doloroso. El matrimonio es negocio de cariño nada más. No puede haberlo si las almas no se compenetran, y mal pueden compenetrarse si las educaciones son opuestas, como entre usted y la Galiana, por ejemplo—aseguró gravemente la joven.

—Es verdad. ¿Pero usted no cree que la educación puede modificar ese carácter?—dijo el maestro suavemente sin sentir lo que decía, sólo por ver lo que la joven contestaba.

—Me parece que no, Madoz. Son muchos años de libertad salvaje los que ha disfrutado esa señorita para reducirla ahora a la disciplina, infiltrando en su corazón el respeto, la obediencia que deberá guardar a su marido. Estas cosas no se pueden improvisar. Tal vez por predisposición se amolde divinamente a las disciplinas conyugales. ¿Por qué me pregunta usted eso? ¿Acaso se siente enamorado de la Galiana?

—No, señora—contestó Madoz con diáfana sinceridad.

—Me alegro—suspiró la joven aliviada.

Madoz levantó la cabeza y la miró; ella explicó al punto sencillamente:

—Me interesa mucho la suerte de usted, y quisiera verle bien casado.

—Soy muy exigente—dijo el muchacho.

—Hace bien. Estas cosas de casamiento, o se hacen como Dios manda, o no se hacen. Casarse sin pensarlo es una locura. Puede venir la indiferencia, el desvío; puede venir una desgracia, una enfermedad, como a mí me ocurrió con el pobre Rafael. En este trance está el yunque donde se conoce el temple del cariño: el dolor. ¿Cree usted que por deber su corazón el respeto, la obediencia que deberá, se cuida al enfermo, per deber, se vela a su cabecera; pero por amor...; únicamente por amor se padece con él! Y por amor se le evitan molestias, se ríe cuando las lágrimas ahogan, por no afligirle más; se dan besos que pueden engendrar contagios, y se retuerce el alma en espasmos de amargura cada vez que lanza quejidos de sufrimiento... ¡Eso no hay nadie que lo haga por deber!

—¿Y cree usted que es esa la pasión, el amor...; ese mirlo blanco que todos los soñadores buscamos desalentados sin saber dónde encontrarlo? ¡No es una mentira, no es una farsa, no es un engaño de nuestro propio anhelo?

Iluminóse el rostro de Caridad, y contestó suave, queda, sentida, con íntimo convencimiento:

—No es un engaño, no. Toda pasión es vicio, y el amor es virtud. Si en ese amor hay el arrebatado y el desorden de la pasión, ¡menguado amor es, y Dios le preserve de su contacto! El verdadero cariño, la ternura realmente perdurable, esa que usted busca, es un afecto tranquilo, sin exaltaciones,

familiares. El cielo parecía una enorme turquesa prendida en el turbante de un sultán. La tierra, estremecida a la pasión del sol abriñeño, sentía en sus entrañas la ardorosa voluptuosidad de las santas fecundidades. Ahita de besos, florecía regocijada en las corolas.

Poblaban los jardines ejércitos olorosos de rosas, y en los setos, en las márgenes, en las bardas, el glauco tapiz ofrecía a los cuerpos multitudísimo lecho de amores. Entre el cañaveral corría, murmuradora, la lengua cristalina del riachuelo. ¿De qué murmuraría?... Y sobre su cabeza, las frondas del pinar, rozándose suaves al aleteo de la brisa, ponían en el silencio de la montaña otro murmullo semejante a una voz de mujer diciendo sus quejas. ¿Sería el espíritu de María de las Mercedes? El paso rápido, ágil y vigoroso de la cabalgadura le iba alejando de Valdecabres, hundido entre sus huertas cuanto más se ascendía. ¿Le miraría alguien desde allá? Era indudable que curioseaban. En el ventanal del torreoncito, un bulbo que se movía dejaba ver los vidrios lúcidos y transparentes de unos prismáticos. Sí; del palacio acechaban, indagaban, escudriñaban su salida. ¿Y qué? Las alas de la brisa jugueteaban en su frente con soplos de suspiros. Valdecabres se ocultaba casi; la cúpula del torreón de Valdigna se ocultaba en el hortal; el collado abría sus puertas para dejar ver la magnificante visión de la meseta, salpicada de bellas viviendas de recreo. El pinar eterno, de vahos balsámicos, tonificantes, se daba un abrazo con las carascas melancólicas, meditabundas, adecuadas, según el parecer de alguien, para las abstracciones filosóficas. Entre los cimborrios oscuros del enci-

bilación! ¡Qué palabra más triste! No tiene alas. Es la palabra que os espera allá arriba, en medio del camino. Como un dragón de leyenda. Allí os espera para deciros sin piedad que sois viejos y tenéis las pupilas turbias y el alma cansada. ¿Quién te ha escrito, palabra sin clemencia? ¿Quién, esfinge?... Se jubila. Y es hora de hacer la síntesis de su vida fecunda. Es hora de escribir todos sus matices ejemplares. Su obra, en suma.

Yo no sé eso. Me basta con acordarme de él en esta hora de pena. Me basta dar la mano a uno de esos pocos hombres que tienen corazón y no lo ocultan.

Emerson, en uno de esos vuelos suyos, nos dice en su *Journal intime*: «¿Quién llama al corazón una guía ciega? No... Venido de Dios, el corazón es Dios mismo.» El corazón que busca y se nutre con cosas del espíritu. Por eso, D. Ezequiel, quiero estar con usted en su última clase, en el adiós último. En vuestra última palabra a aquellos niños, que sé bien cuál ha de ser: la palabra que no sube a los labios. Y sube en su lugar un sollozo... Y quiero estar allí para darle abrazo de cariño. Y gozar con la tristeza de la Escuela.

LILLO RODELGO

Los campos agrícolas

Los primeros ensayos y resultados

Una Memoria.—La concesión de campos agrícolas a los Maestros, a título de ensayo, es algo muy interesante que conviene cuidar y perfeccionar. Nos consta que al Ministerio han llegado algunas Memorias que han producido excelente impresión por el celo y competencia que revelan y por los resultados obtenidos. Una de estas Memorias es la escrita por nuestro excelente compañero D. José Ortego y Gonzalo, de Valdealvillo (Soria), que vamos a reproducir en estas columnas, para elogio del autor y estímulo de los demás. Dice así:

«A su tiempo aplaudimos la Real orden de 17 de octubre de 1921, la cual creaba los campos de experiencias y demostraciones agrícolas, idea que se hacía sentir con una necesidad para el progreso de los cultivos en España, venero de riqueza nacional.

Cuando fuimos sorprendidos con la concesión de un campo a nuestro cargo, la voluntad tomó una creciente dosis de robustez encaminada al cumplimiento de un deber tan sagrado como el que ya teníamos; deberes que obligan en conciencia a poner a contribución las fuerzas de que disponemos en todos sus estados y formas para llevar a su lugar el traba-

jo de responsabilidad y trascendencia que se nos encomendaba.

Dentro del importante problema que poco a poco, pero con gran deseo y voluntad, nos proponemos desenvolver, nos es muy grato hacer una sucinta descripción de la labor práctica que hemos realizado en nuestro campo agrícola, concedido a este pueblo por Real orden de 29 de diciembre de 1921.

Preliminares.—Al disponer de las parcelas ofrecidas para el campo, se hicieron las medidas necesarias para determinar su superficie, cuyas operaciones se llevaron a cabo entre el Maestro que suscribe y los niños de la Escuela.

Al regresar del cursillo agrícola en Madrid, en últimos de marzo, avanzado ya el tiempo para las operaciones de primavera, solicité del vecino de este pueblo, Huberto Burgos, una parcela de trigo sembrado a voleo para verificar pruebas con el cultivo en bandas.

Concedida la parcela solicitada, se gradeó la mitad el 14 de abril, dejando la otra mitad sembrada a voleo de iguales dimensiones, sin operación alguna, para comparar con ella el resultado de la experiencia.

El 20 de abril se alineó la parcela de especial cultivo, dejando líneas sembradas de 25 a 30 centímetros, y espacios o calles sin plantas de 60 a 65 centímetros.

El 8 de junio se dió nueva labor con el cultivador (adquirido para el campo) a las entrecalles de esta parcela.

El 21 de junio se dió otra nueva y última labor.

El gráfico número 1.º da ligera idea de este sencillo experimento.

La inauguración oficial del campo.—

Como entre paréntesis, señalamos en este lugar que el día 18 de junio se celebró el solemne acto de la inauguración, con asistencia del señor Inspector jefe, el señor ingeniero agrónomo de la provincia, el señor director de «La Voz de Soria», los Ayuntamientos y representaciones de varios pueblos comarcanos y otras personalidades. Aunque mencionamos el acto, creemos que no corresponde a nosotros hacer la descripción, y seguimos con las operaciones prácticas de cultivos.

Recolección de las parcelas mencionadas.—El 31 de julio se verificó la siega, siete días más tarde que la parcela testigo de comparación. Verificadas las operaciones necesarias, dió el siguiente resultado:

Parcela testigo, a voleo, trigo obtenido, 78 kilogramos.

Idem de líneas o bandas, 56 kilogramos.

A pesar de apreciar menor producción en el cultivo en bandas, estamos relativamente satisfechos, porque la parcela del procedimiento en bandas sufrió desperfectos que sin ellos hubiera aumentado el rendimiento. Los desperfectos fueron motivados por el acceso de personas a su alrededor, el día de la inauguración del campo, al hacer la visita a esta parcela, cuando el señor ingeniero agrónomo de la provincia, D. Leopoldo Ridruejo, explicaba la ventaja de esta clase de cultivos. La granizada que días antes de la siega (de la cual se libró la parcela testigo), y la siega tardía, porque llegaron algunas espigas verdes, con lo cual se desgranó algo de lo más adelantado. Así, pues, hemos dicho que estamos relativamente satisfechos con el resultado del experimento.

Segunda experiencia.— En el gráfico número 2 se marca el experimento hecho

en el cultivo de guisantes, en bandas, y con superfosfato, comparándolo con los cultivos ordinarios de fincas conlindantes.

El resultado ha sido favorable para nuestro cultivo, por haber obtenido un tercio más de producción que en las parcelas comparadas en igualdad de superficie.

En la misma finca se sembró otra parcelita de garbanzos, también en líneas, obteniendo también ventajas sobre las producciones de las fincas vecinas.

Cultivo en patatas. Parcela número 4, segunda. Gráfico número 3.—Siguiendo el orden de las operaciones de siembra, designamos aquí el cultivo hecho con patatas.

Se dividió la parcela en dos, con medidas aproximadas a la exactitud.

En una parte se echó estiércol de cuadra, clase buena; en otra, superfosfato al sembrar y nitrato a su tiempo, al dar una labor con el cultivador.

En esta parcela se ha hecho ver a los labradores, además de lo dicho, la conveniencia y necesidad de economizar trabajo, esto es, que en lugar de dar las cavas y aporcados con azada, se verifican con el cultivador, en cuya operación logramos convencer a un buen número de labradores, y varios hicieron uso de nuestro cultivador para tal objeto.

El resultado ha sido favorable por el cultivo, y con relación a los abonos nos dió el rendimiento siguiente:

Parcela con estiércol, 180 kilogramos. Idem con superfosfato y nitrato, 224 kilogramos.

La cosecha ha sido muy escasa, en general, por ser cultivo en secano y en el verano; se careció de lluvia en esta zona, si bien nuestra producción relativa ha sido de las mejores.

Remolacha. Finca Teina Carrera, número 4.—En el gráfico número 2 y en el número 4 se observan parcelitas sembradas de esta raíz fusiforme, de calidades diferentes, con abonos y sin ellos, obteniendo regulares rendimientos, y los labradores apenas si habían probado estos elementos de producción en estas fincas de secano.

Judías.—En el cultivo de esta leguminosa se atendió principalmente a la selección de semillas y a un buen cuidado en la siembra, y pronto se observó la fuerza que llevaron en su nacimiento,

mejor que el de las parcelas vecinas, y siguió viéndose la diferencia, y a pesar de las malas condiciones meteorológicas para esta planta (tormentas, aguaceros, escarchas), se ha obtenido mayor producción relativa que en las demás del pueblo.

(Continuará.)

Asociaciones de Maestros

En defensa de los Maestros de certificado de aptitud.—Lista de los Maestros de certificado de aptitud que se han adherido al Comité ejecutivo de León, con expresión, por provincias, de los que enviaron el poder y la cuota de 75 pesetas para el pleito contencioso-administrativo que entabló y seguirá el letrado excelentísimo señor don Manuel Gullón García Prieto.

Provincias de León y Oviedo: Poder y 75 pesetas.—D. Miguel Láiz Fernández, D. Manuel Pacios González, D. Sandalio López Ferrera, D. Juan Antonio Ordás Villa, D. Secundino Fernández Díaz, D. Bernardo García Soto, D. Vicente Fernández García, D. Santiago Gómez Rodríguez, D. Juan Antonio Morán Fernández, D. Cándido Chamorro Pérez, don Hipólito Miguel Fernández, D. Domingo Lera Gil, D. Aquilino Rodríguez Gómez, D. Francisco Fernández González, don Francisco Rodríguez Fernández, D. Luis Bardón Rubio, D. Marcos Sánchez del Prado, D. Gregorio Crespo y Crespo, D. Juan José López Palla, D. Perfecto Fernández Reguera, D. Bernardo Fernández Castellano, D. Ramón Fernández Abad, D. Estanislao Corral y Corral, D. Lorenzo Posada Rubio, doña Carolina Barrios González, doña Encarnación González Alonso, doña María Esperanza Alvarez Pérez, doña Covadonga López Fernández, doña María Rocas Díaz, D. Laureano Arango López, D. Constantino Noriega Campillo, D. Juan Sánchez Nuño, D. Francisco Quintana Cueria, D. Juan Alonso Trelles, D. Francisco López Pérez, D. Manuel Iglesias Monjardín, don Juan Parrondo Garrido, D. Francisco Lozano López, D. Mauricio del Río Borbolla, D. Federico Blanco Alonso, don Balbino Menéndez Barredo, D. Mauricio García y García, D. Félix Antonio Pafieda González, D. Francisco Uría Alva-

rez, D. Nicanor Campillo Mier, D. Martín Fidalgo Martínez y D. Ramón Díaz.

Poder y 76 pesetas.—D. Benigno Alvarez Alvarez.

Sólo Poder.—D. Ramón Rodríguez Rodríguez, D. Antonio Alvarez Pérez, don José Calzón Fernández y D. José Fuentes Avello.

Provincia de Santander: Poder y 75 pesetas.—D. Juan Barrial Alonso y don Juan Manuel Bárcena Muñoz.

Provincia de Murcia: Poder y 75 pesetas.—D. Joaquín Moreno Espinosa y D. Silverio Martínez Pérez.

Provincia de Granada: Poder y 75 pesetas.—D. Mariano Márquez Uroz.

Provincia de Lugo: Poder y 75 pesetas.—D. Jacinto López Pérez y D. Antonio Menéndez Osorio (poder y cien pesetas).

Provincia de Orense: Poder y 75 pesetas.—Doña Concepción Blanco Alonso.

Provincia de Soria: Poder y 75 pesetas.—D. Antonio Atienza López y D. Miguel García Valle.

Provincia de Cáceres: Poder y 75 pesetas.—D. Santiago Pascual Martín.

Provincia de Teruel: Sólo Poder.—Don José Giner Albalat.

Provincia de Almería: Poder y 75 pesetas.—D. José Martínez Fuentes.

Provincia de Vizcaya: Poder y 75 pesetas.—D. Francisco Canieve Salaverria.

Provincia que ignoro: Poder y 75 pesetas.—D. Ramiro López Ozcazberro y don Manuel Varela.

Sólo 75 pesetas.—D. José Rodríguez.

Advertencias.—1.º Los que aun están en descubierto por la cuota de 75 pesetas, deben apresurarse a mandarla a este comité.

2.º Don José Rodríguez, que envió las 75 pesetas pero no el poder, debe manifestar si es uno de los Maestros interesados en el pleito, o, si no siéndolo, remitió dicha cuota por encargo de otro.

3.º Todos los interesados que figuran en la precedente lista, excepto los de Asturias y León, para los que ya se han pedido, deben pedir a la Sección administrativa de la provincia en que ejercían en propiedad una nota certificada en la que, a continuación de sus nombres, se haga constar que fueron nombrados al amparo y después de la publicación del Real decreto y Real orden de 13 y 26 de febrero de 1919, respectivamente. Uno de los interesados de cada

provincia se encargará de mandar dicha nota a este comité (calle de Dámaso Merino, número 12, 2.º, León). que, a su vez, las remitirá al abogado.

El Presidente del Comité, MIGUEL LAIZ.

León, 15 de mayo de 1923.

Ecós del Magisterio

Sobre el concurso de traslado.—Razones convincentes son todas las que presentan los compañeros agraciados con plaza en todos los concursos por tener números bajos en el Escalafón, porque cada uno tenemos derecho a buscar nues-

tro bienestar; pero más justas deben ser las de aquellos Maestros que están sufriendo los mismos o peores inconvenientes en un mismo pueblo por espacio de doce o más años; por eso unos piden la condición de los dos años de servicios en un mismo pueblo, otros piden que el primer orden de preferencia sea el mayor tiempo de servicios en la Escuela desde la cual se solicita, y otros quieren dos y cuatro concursos al año.

Mi opinión, por si pudiera valer, es que todas las Escuelas se anuncien antes al concurso; que el primer orden de preferencia sea el mayor tiempo de servicios en la misma Escuela, siempre que el interesado solicite en la provincia de su naturaleza, y que a poder ser haya dos concursos al año.

ALEJANDRO BUADES

CRONICA GENERAL

De Marruecos

«Sin novedad en todo el territorio del protectorado. Comunica comandante general de Melilla que hoy ha embarcado para la Península el resto de la cuarta Ambulancia expedicionaria de Sanidad Militar, de la quinta y de la octava.»

—Según noticias de Melilla, ha ingresado como detenido en el fuerte de Rostrogordo el antiguo jefe de Beni-Said, Kaur Hamar, a quien se le sorprendió predicando contra España en el zoco de Bu-Hermana.

Para castigar su deslealtad le ha sido quemada además la casa.

De Madrid

Se verificaron en toda España las elecciones a senadores. Triunfó el Gobierno, pues de 180 senadurías, 105 se han provisto en ministeriales.

Según datos oficiales, el resumen de la elección es éste:

Adictos, 105; conservadores, 37; cívicos, 6; mauristas, 3; Liga Monárquica, 2; regionalistas, 6; independientes, 5; republicanos, 3; católico, 1; tradicionalistas, 3; arzobispos, 9.

—Ha llegado a Madrid la Sociedad coral de Bilbao; dará varios conciertos y pondrá en escena la ópera «Amaya», en el Teatro Real.

—El ministro de la Guerra dijo ayer por la mañana que el comandante gene-

ral de Ceuta le había comunicado que en el vapor «Barceló» habían salido para la Península los siguientes individuos del reemplazo de 1920: Aragón, 554; Badajoz, 151; San Quintín, 337; ametralladoras Alfonso XII, 28, y ametralladoras de Estella, 26.

De provincias

En el partido de «football» celebrado en Barcelona, ganó el campeonato de España el Athletic, de Bilbao, que marcó un «goal» contra ninguno del C. D. Europa, de Barcelona.

—Comunican de Crevillente que cuando se hallaban jugando en la plaza varios niños pasó un automóvil de la propiedad del Sr. Polo. Los muchachos suplicaron al conductor que les diese un paseo, a lo que accedió éste. Cuando el coche había recorrido una breve distancia volcó, cayendo los niños debajo.

Resultaron muerta una niña, graves dos niños y heridos levemente tres.

El «chauffeur» sufrió grave magullamiento. Se teme que mueran dos de los niños heridos.

—Con una procesión terminaron las fiestas de Valencia. Los Reyes visitaron el cuartel de Caballería, y por la tarde inauguraron la nueva Casa de Correos.